

Metaantropología y Paraantropología: Dos Alternativas Necesarias

*Esteban Emilio Mosonyi**

Resumen

En esta coyuntura de fin de siglo y de milenio, la reflexión antropológica no se caracteriza por su optimismo ni por la vocación de servicio hacia la humanidad. Prevalece más bien cierto derrotismo, al constituirnos en testigos pasivos de una carrera mundial hacia la autodestrucción del planeta provocada por el propio ser humano. Sus enormes facultades creadoras no se utilizan en beneficio de las múltiples sociedades ni de la supervivencia del entorno vegetal, animal y mineral. Actuamos como avestruces, al desentendernos de todos los problemas reales y potenciales del planeta. Nos dedicamos a estudios "livianos", que en nada nos vinculan ni comprometen con el presente y futuro poco halagadores que parecen esperar a nuestro hábitat; con su Arca de Noé a cuestas, pero con la diferencia de que esta vez no hay garantías de la preservación de al menos una pareja de cada especie biológica. Frente a esta perspectiva presentamos nuestro aporte teórico-práctico de la metaantropología y la paraantropología, con la esperanza de que estas nuevas orientaciones sean capaces de fortalecer los mecanismos de defensa con

* Antropólogo y Lic. en Letras, Universidad Central de Venezuela (UCV). Doctor en Antropología (UCV). Profesor Titular de Lingüística y Antropología de la UCV. Miembro fundador del Grupo Barbados de Lucha contra el Genocidio y Etnocidio. Coordinador de varios eventos sobre Educación Intercultural Bilingüe y relaciones interétnicas patrocinados por la UNESCO y el Instituto Indigenista Interamericano. telf. (02)6623466

que aún cuenta nuestro planeta y eventualmente desactivar las tendencias negativas más poderosas.

Términos Claves: Fin de milenio, antropología "liviana", neoliberalismo, autodestrucción, mecanismos de defensa.

Abstract

Metaanthropology and Paraanthropology: Two necessary alternatives

At this turn of the century and the new millenium anthropological thought is not characterized by optimism nor by a humanitarian attitude. A certain nihilism prevails as we witness the world-wide race toward ecological disaster. Man's enormous potential creative faculties are not being utilized to benefit our many societies, nor to help in the survival of plants, animals or minerals. We are like ostriches with our heads in the sand rejecting the real problems of the earth. Research has become trivial, and without committment, even under the threat of inundation. We live in a Noah's Ark world without even the guarantee of survival for one couple of each species. The perspective in this paper presents a theoretical solution to a concrete problem based on the concepts of a meta-anthroplogy and a para-anthropology. These views are intended to reinforce the mechanisms of defense that our planet still possesses and to help diminish the most powerful negative trends.

Key Words: Turn of millenium, «light anthropology», neoliberalism, autodestruction, mechanisms of defense.

Cuando tratamos de descifrar, de comprender, la palabra metaantropología surgen ideas muy variadas. Es indudable que hay distintas formas de trascender la antropología: Desde un punto de vista filosófico, humanístico, científico, disciplinario; por tanto es necesario precisar el término, por lo menos desde nuestro punto de vista, y aclarar muy bien qué es lo que entendemos al referimos al concepto de metaantropología. La metaantropología va más allá de los límites tradicionales de la antropología; pero ¿hacia dónde se encamina?, ¿cuál es su direccionalidad?. Nuestra opción es dirigir la metaantropología hacia la superación de los grandes y gravísimos problemas que actualmente presenta la humanidad y el planeta entero.

La antropología tiene que superar sus propios límites, para confrontar una cantidad de obstáculos que hoy por hoy tienden a hacer al planeta inviable, inhabitable, tanto para el ser humano como para el resto de los seres, incluyendo la constitución física y bioquímica de los astros, por la capacidad destructiva del ser humano y la manera

como él utiliza sus facultades. En otros términos, la metaantropología estaría llamada a combatir el geocidio, junto por supuesto con el antropocidio, la destrucción de todo ente existente del planeta y aun fuera de él, incluyendo al ser humano y a los demás seres biológicos, tanto de índole vegetal como animal.

Hoy día sería farisaico, falso, insincero, tratar de negar que estamos atravesando una crisis involutiva demasiado severa para sencillamente evadir el problema, no darle el peso que le corresponde. Es una crisis de nunca acabar, pero en el momento en que termine estaremos prácticamente reducidos a la nada, a la inexistencia; y mientras perdure será algo inclemente e insoportable para todos. En esta lamentable agonía estaremos expuestos a una decadencia cada vez más evidente, hasta el momento quizás no tan lejano en que deje de existir todo ente en el ámbito planetario, más allá de lo concebible por nuestra fértil imaginación.

No es difícil enumerar los factores que nos hacen pensar así, que nos hacen emitir estas afirmaciones. Tratándose de antropólogos, vamos a comenzar con la situación que enfrentan los pueblos indígenas o tradicionales, que ante el embate del economicismo, del desarrollismo, del neoliberalismo, ven prácticamente sus comunidades pulverizadas. Cunden las explotaciones económicas, una minería desenfrenada, la tala y la quema de los últimos reductos de bosques tropicales húmedos. La ocupación del ártico, de las sabanas y de cualquier hábitat ancestral hace sucumbir los espacios que sostienen a los pueblos más tradicionales; y todo ello a nombre de cierta concepción del adelanto, el desarrollo y el progreso de la humanidad y de la vida en el universo, mediante esta estrategia.

Con este listado de hechos llegaremos muy rápidamente al final de la sociodiversidad, a la implantación de la sociedad única, del pensamiento único, de una ideología homogénea, que para mayor conveniencia llamaremos neoliberal, sin pretender utilizar este término en una contextualización económica de alta precisión técnica. Todo esto emana a partir de una constelación de fuerzas, poderes de carácter político, económico y social, que no parece pretender otra finalidad que exacerbar la productividad, la competitividad, el consumo suntuario y el poder omnímodo del mercado; con la exclusión de todos aquellos seres humanos tradicionales o aculturados, rurales o urbanos, cuya existencia o inexistencia no hacen mucha mella en la permanencia de este sistema. La omnipresencia del mercado se sobrepone al resto de las características del mundo real, al limitarse a sí misma desentendiéndose totalmente del destino de todo aquello que no le in-

cumba, que no la toque en forma directa o por lo menos indirecta.

El ser humano le interesa al mercado mientras se trate de los integrantes del establecimiento, ya sean provistos de poderes políticos, económicos y sociales, o también en menor medida de aquellos que están en capacidad o en disposición de formar los "recursos humanos" del sistema: Aquel personal que haga posible esa sobreexplotación y el aprovechamiento máximo de las tendencias productivistas, con criterios netamente económicos. Recuérdese que ya a comienzos de nuestra exposición hemos hecho referencia al geocidio. El geocidio acaba, como es de esperar, con los depósitos de agua potable, con la biodiversidad, con la existencia de especies biológicas de cualquier índole, hasta con el oxígeno en último término. También agota, en un lapso relativamente breve, los recursos naturales tanto renovables como no renovables. Ni siquiera los recursos normalmente regenerables pueden durar en un ambiente donde los cambios climáticos, la falta de agua, la contaminación, el agotamiento de todas las sustancias imprescindibles, podrían llegar a un extremo irreversible.

Como se trata del aniquilamiento de todo, de la finalización de la totalidad de seres cuya existencia disfrutamos aún hoy -aunque en menor grado que en años anteriores- se abriría paso a una desertificación y esterilización del planeta. Se corre ese riesgo si perdura la carrera armamentista, la elaboración masiva de implementos nucleares, bacteriológicos y similares. Podría llegar el momento en que la Tierra como planeta portador de la vida perdería en buena parte ese privilegio, que lo caracteriza en la órbita solar. Las grandes conquistas y creaciones -bajo otro punto de vista admirables- de la física nuclear y de otras ciencias exactas cada vez más sofisticadas nos hacen temer que la catástrofe final cumpliría todas estas previsiones, que ya ni siquiera pueden tomarse como simples predicciones. Se trata fundamentalmente de un mero cálculo de probabilidades.

En la primera parte de la exposición hemos mencionado a los pueblos indígenas y tradicionales. Ahora nos toca referirnos a los habitantes de los campos y las ciudades en general. Estamos sacando a colación sobre todo a los pobladores de las grandes ciudades, muchos de los cuales en el presente momento ya no constituyen una mano de obra imprescindible. Los robots, las máquinas, las creaciones del hombre son capaces de ocupar el lugar de ese trabajador en un porcentaje altísimo, tal vez el 80% de la población laboral, aunque no es necesario, por lo pronto, barajar cifras exactas.

Los otros seres humanos llegarían a un estado de exclusión y

contingencia tales que su propia supervivencia no sería de mayor interés para el establecimiento vigente. Por allí se desencadenaría un proceso de antropocidio cuyos primeros antecedentes -particularmente en los países del Sur- están a la vista, tales como una alta mortalidad infantil, como la forma en que se trata a los ancianos, a los indigentes, a los pobres. Todos aquellos que en el neoliberalismo se perciben como los perdedores están velozmente transitando un camino aparentemente irreversible hacia la muerte y la no reproducción. Es decir, serían eliminados y de acuerdo a la lógica del sistema no tendrían por qué producir descendientes.

La humanidad presuntamente útil se reduciría a aquellos susceptibles de ser integrados plenamente al mercado: Una especie de élite de financistas, gerentes, empresarios, altos representantes del poder civil y militar, expertos en informática y medios de comunicación, aparte de otros sectores indispensables. Ellos disfrutarían de todas las ventajas imaginables del status quo, y a su sombra medraría otro contingente más numeroso de mano de obra de segundo o tercer nivel. Nos referimos a los "recursos humanos" del establecimiento reinante, que junto con los androides y las maquinarias sofisticadas estarían destinados a mantener y reproducir el sistema global, y por tanto se salvarían, al menos por un tiempo, de la nada envidiable condición de gentes superfluas, excluidas y desechables.

Se trata, en este punto, de una serie de previsiones que están condicionados por todos los avatares del sistema, por la manera como el neoliberalismo orienta sus principios, sus fines, sus estrategias y sus tácticas. Aquí, en este momento, es necesario introducir un elemento para disipar un malentendido. El neoliberalismo, en su progresión hacia su aparente triunfo, debilita a los Estados nacionales; les va quitando y suprimiendo su soberanía. Esto, en un primer momento, pareciera devolver la autonomía a las regiones, a las zonas rurales, incluso podría conceder a los pueblos indígenas una autonomía que no disfrutaban durante la supremacía de los Estados-Naciones irreductiblemente soberanos. Sin embargo, esto es únicamente un paso táctico dado por el neoliberalismo, que de todas maneras conduciría a la desintegración de las regiones, del medio rural y de las tierras ancestralmente indígenas.

¿Por qué afirmamos esto?. Porque una vez que el establecimiento neoliberal se encontrara frente a frente con las comunidades indígenas y campesinas, estas se quedarían sin ningún tipo de apoyo y asidero, dejadas a sus solas fuerzas. Ya no podrían hacer absolutamente nada para limitar el acceso de las compañías transnacionales y de

encias que las representan. Llegaría la hora de invadir sus tierras, destruir sus medios de vida, desalojar a los habitantes ancestrales, convertirlos en seres desechables e inútiles, al igual que al gran proletariado y subproletariado urbano. Esa inmensa cantidad de seres humanos se convertiría en un excedente, sin derecho a su propia reproducción. De allí proceden algunos proyectos extremados y exagerados de planificación familiar y control de la natalidad, con el fin de reducir la población a aquel sector verdaderamente compatible con los fines del nuevo orden mundial signado por el neoliberalismo, el economicismo, el activismo y el consumismo a ultranza.

Debe reafirmar aquí que ni los campesinos ni los indígenas desearían siquiera por un momento que la supresión de los Estados nacionales, que el debilitamiento de las soberanías, se llevan a cabo a expensas de ellos para hacer más viable la existencia de estas pequeñas entidades sociopolíticas. Al menos no a mediano y largo plazo. Aunque propende este gigantesco proceso de globalización es el sometimiento de todas las sociedades históricas, grandes y pequeñas. Es la ocupación total de los espacios terrestres para su explotación sin límites, para la utilización de sus recursos y sobre todo para la explotación y un extractivismo desenfrenado que de algún modo comienza a surgir en nuestros días y frente a lo cual ha habido un gran movimiento de fuerzas ecologistas y ambientalistas.

Sin embargo, en honor a la verdad tampoco hay que silenciar el hecho de que ha habido entidades y grupos ecologistas que ven también en los propios indígenas y campesinos sectores humanos capaces de destruir la naturaleza. Entonces se crea cierta tirantez entre campesinos y ecologistas, ya que estos últimos creen que la sola presencia de seres humanos de cualquier índole atentan contra la existencia y subsistencia de los recursos biológicos de la Tierra, contribuyendo a la desaparición de especies distintas de la humana.

Por eso es necesario que estemos claros en todas esas premisas, para poder atacarlas en conjunto y de manera armónica, de forma tal que nuestra resistencia lleve a las finalidades más deseables e impida la irracionalización indetenible de este proceso de alcance geocida. Por consiguiente, tenemos que insistir aquí en algo que hemos recalorado muchas oportunidades y de lo cual estamos cada vez más convencidos. Que la antropología, y junto a la antropología también el resto de las ciencias sociales, constituyen el gran saber, la ciencia hegemónica del siglo XXI, quizás de todo el milenio a punto de comenzar, frente a la supremacía absoluta e incontestable de las ciencias exactas físico-químico-matemáticas que han ocupado -con mu-

cho brillo, hay que agregar- un espacio tan visible, tan relevante durante el transcurso de los siglos XIX y XX.

Estamos en la antesala de un gran surgimiento y resurgimiento de las ciencias sociales, en cuyo seno le toca realizar un papel inconmensurable precisamente a la antropología. Pero como dijimos al principio, la antropología tiene que sublimarse en metaantropología para lograr tales fines. No puede conservar su estatus fragmentario actual, una situación que prevalece hoy en día en su práctica profesional, contraria al logro de estos resultados.

No se nos malinterprete: La antropología académica es y sigue siendo de la mayor significación. Somos partidarios acérrimos de su crecimiento y expansión. Sin embargo, la antropología académica por sí sola, el estudio de facto de la biología humana, de la arqueología, de la antropología social, de la lingüística, no tienen por qué seguir siendo entidades aisladas y casi incomunicables. Mientras tal situación perdure -tomando como ejemplo la investigación per se de una comunidad, de una osamenta, de una estructura lingüística, de un yacimiento arqueológico, dentro de los confines de su descripción e interpretación- no se resuelve el problema metaantropológico que tiene que mirar más allá de sus fronteras científicas consensuales. Entonces, recalcamos, se trata de superar de alguna manera a la antropología académica, aunque de ella dependa en última instancia también el surgimiento, existencia y despliegue de la misma metaantropología. En todo caso, no debiéramos sacralizar una antropología preciosista y autocontenida que guarde un silencio cómplice ante el geocidio, el antropocidio, el etnocidio y el ecocidio; sino que es absolutamente necesario levantar la voz, formular nuestras protestas y propuestas, actuando de una forma valiente y políticamente eficaz frente a lo que está ocurriendo con pasmosa evidencia.

Sin llegar todavía al planteamiento de la metaantropología como tal, tenemos que recordar aquí los espacios tan importantes que ya en el transcurso del siglo XX ha logrado penetrar la antropología, en cuanto al conocimiento y reconocimiento de un sinnúmero de sociedades y segmentos sociales, de recursos y patrimonios culturales -a veces de origen muy remoto en el tiempo- con que cuenta la humanidad, incluso contemporánea. Similarmente, la antropología ha logrado establecer la igualdad básica de los géneros o sexos en que se divide nuestra especie. No se pretenden negar las diferencias entre el hombre y la mujer, entre el género masculino y el femenino, tal como consideran ciertos divulgadores ignorantes; sino que las capacidades, las posibilidades de realización de un hombre y de una mujer son fundamental-

mente iguales, y el poder y la estima del cual ambos géneros deben disfrutar son de rango idéntico. Esto es algo planteado por las ciencias sociales y específicamente por la antropología, ya a partir del siglo XIX.

Los grandes investigadores de la antropología del siglo XX han logrado establecer la complejidad, la riqueza interna, la creatividad de todas las sociedades, independientemente de su trasfondo étnico y racial. En el caso de aquellas poblaciones que anteriormente se creían carentes de culturas, primitivas y salvajes, hoy sabemos perfectamente que se trata siempre de pueblos provistos de culturas muy complejas, de unas sociedades muy bien adaptadas a sus ambientes, con sus características altamente específicas y sofisticadas. Las percepciones cognitivas e ideológicas que establecen el enlace telúrico-cósmico en cualquiera de estas etnias resultan insustituibles, a tal punto que al extinguirse o destruirse una sociedad, se pierde para siempre un conjunto amplísimo de creaciones colectivas milenarias, desde sus caracteres etnobiológicos, pasando por sus tecnologías y etnociencias, sus códigos socioculturales, hasta llegar a sus patrimonios simbólicos, mítico-religiosos y propiamente lingüísticos.

El reconocimiento de la estética interna, la capacidad expresiva, el valor cognitivo de un lenguaje con su oralidad, independientemente a que pertenezcan a pueblos grandes o pequeños, es una conquista tremendamente importante de la antropolingüística y también de otras disciplinas y conocimientos que están en el límite de la antropología, pero que han contribuido a exaltar y fortalecer los fundamentos de nuestra ciencia antropológica. Entonces, con esto queremos en cierta manera crear una relación entre las especialidades antropológicas y todo saber paraantropológico que las refuerza y complementa. Sabemos que se trata de una tarea ciclópea. La propia antropología académica como tal se divide hoy en día en disciplinas y subdisciplinas, lamentablemente muy separadas entre sí, como es el caso de las diversas ramificaciones de la antropología sociocultural, de la arqueología y ethnohistoria, de la antropología física y biología humana, de la lingüística y antropolingüística. Pero vamos a hacer el ejercicio mental de concebir que podemos abarcar todas estas manifestaciones en una sola ciencia con sus divisiones y subdivisiones, con sus especializaciones y subespecializaciones.

Pero aun admitiendo la existencia perfectamente legítima e inevitable de esta antropología múltiple y multiforme, también es tiempo de tomar en cuenta la paraantropología a la que acabamos de aludir. Es decir, un océano de conocimientos no propiamente antropológicos, pero que enriquecen a la antropología, tales como se

desprenden del ejercicio interdisciplinario tanto con otras ciencias sociales como con las ciencias físico-químicas, biológicas, con énfasis muy especial en la ecología. Tampoco cabe desdeñar el complejo acervo literario y hemerográfico universal, no necesariamente de carácter científico. Todo ello forma parte de una creciente episteme interdisciplinaria y transdisciplinaria que refuerza la antropología con una paraantropología antes nunca conocida pero siempre presentida.

Igualmente, la antropología recibe otras informaciones de valor inestimable: Ellas proceden de las etnociencias, del saber milenario acumulado por las etnias tradicionales y, en general, por los pueblos no occidentales y hasta occidentales. Tales aportes no solo nos proveen de conocimientos hipotéticos sino de premisas para poder construir nuevos saberes y ampliar de una manera sin precedentes todo aquello que anteriormente era el quehacer y posesión exclusivos de la antropología académica. Dentro de ese patrimonio etnocientífico contamos con oralidades de variada índole, con fuentes escritas de toda naturaleza, con testimonios de comunidades, de grupos humanos, de pueblos de todas las latitudes. Tenemos un manantial interminable de informaciones casi inéditas que sirven para novedosas descripciones e interpretaciones. Esto conlleva nuevos compromisos cognitivos, éticos y estéticos, para la transformación del mundo y para impedir que triunfe la estructura omnímoda del mercado y prevenir que la superioridad actual del neoliberalismo siga siendo tan aplastante como para apabullar todas las demás creaciones que parten tanto de la especie humana como del resto de los seres vivos.

Así, a través de esta paraantropología que enriquece a la antropología y configura la ética y la estética capaces de transformar lo existente partiendo del compromiso del ser humano, podemos ya imaginarnos mucho mejor el cómo construir esa metaantropología a la cual nos hemos referido al principio. Tratando de ordenar un poco las afirmaciones hechas hasta ahora, la antropología académica requiere de unas especialidades mucho más entrelazadas, con mejor comunicación entre sí y sumadas a la antropología transdisciplinaria. Esta incluye, primero que nada, a las otras ciencias sociales pero también sectores importantes de la filosofía, de las ciencias exactas físico-químico-biológicas, ampliando además ese círculo de referencia con las etnociencias, con el saber humano acumulado a través de millares de años, mediante un acopio de residuos, testimonios, fuentes, e informaciones orales y escritas. Todo ello nos daría un insumo tan grande que a partir de allí la antropología sí estaría en condiciones de reconocerse y saltar por encima de sus límites, de ser mucho más

libre y eficiente de lo que ha sido hasta hoy.

Queremos recalcar que, con todos estos insumos, estamos en condiciones mucho mejores para construir la metaantropología que nos servirá como un arma formidable para revertir el destino, no solamente de la humanidad sino del planeta. Ahora bien, luego de haber expresado en forma más o menos sintética la naturaleza del problema, nos toca hacer énfasis en la metodología, en los recursos del cómo y del qué hacer frente a lo que está aconteciendo, y de la mejor manera de lograr nuestros fines. Esta metaantropología, con sus ingredientes cognitivos, éticos y estéticos, debe labrar su vía para confrontar la crisis involutiva a la que hemos hecho referencia.

Ello significa, en primer lugar, sentar la posibilidad misma de asumir este reto, estar en capacidad de salir a la palestra, de actuar, de dialogar con todo tipo de interlocutores. De ninguna manera queremos pasar por alto que hasta la fecha de hoy muchos antropólogos - además de otros científicos y sectores innumerables de la sociedad civil- han protestado de diversas maneras e intensidad variable, han hecho denuncias como las agrupaciones ecologistas, como los movimientos indígenas organizados. No se trata de desconocer tales esfuerzos no pocas veces heroicos.

Pero a partir de ahora, con la metaantropología como arma fundamental, ya esa situación de resistencia cambia y se repotencia. ¿De qué manera?. Los antropólogos, en asociación y comunicación permanente con otras fuerzas que buscan las mismas finalidades, deben unir esfuerzos de tal manera que necesariamente luchen con éxito por su participación en los organismos -más o menos importantes- del establecimiento: en los grandes comités, en las pequeñas comisiones, en todas partes donde a nombre de la humanidad se toman las solemnes e ignaras decisiones. Tenemos que infiltrarnos en la sede misma de la ideología única. Hay que hacer presencia en las Naciones Unidas, ante el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización de Estados Americanos y toda la serie de Agencias Gubernamentales y No Gubernamentales. Tampoco podemos excluir los grandes bancos privados e incluso las inmensas compañías multinacionales. Nos toca dialogar con autoridad y conocimiento de causa en el seno de todos y cada uno de estos establecimientos -mucho más allá de las simples marchas y voces de protesta- luego de llegar hasta allí con nuestras alternativas y con una fuerza suficiente de presión. Hay que saber exigir que esas nuevas opciones logren verdaderamente llevarse a cabo, en lugar de permanecer como materiales archivables que posteriormente ni siquiera tendrían un valor simbólico.

Urge demostrar al mundo que lejos de haber una ideología única, hay una multitud, una riqueza de pensamientos, de soluciones, de formas de enfrentar problemas, que hasta ahora la humanidad no ha utilizado lo suficiente. Nos hemos dejado intimidar demasiado por el establecimiento, por las grandes fuerzas que ese Leviatán desata y representa. Nos toca trabajar desde ahora comenzando, si se quiere, por el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Será inevitable penetrar todos los organismos de esa laya e incluso crear por cuenta nuestra aquellas asociaciones que fueren necesarias para llegar a decisiones autónomas y confrontarlas exitosamente con las resoluciones que tome la parte consustanciada con el neoliberalismo y con la fuerza hasta ahora omnipotente del mercado sacrosanto. Entonces, el gran secreto de este nuevo antropólogo, ya entregado a la causa de su metaantropología, consistiría precisamente en optimizar esos esfuerzos antropológicos o paraantropológicos; pero con la determinación firme de que lleguen a ser realizaciones exitosas, que de alguna manera neutralicen las opciones neoliberales contrarias a la digna subsistencia, a la sustentabilidad de la vida como tal. Al mismo tiempo nos toca fortalecer y promover aquellas iniciativas favorables a la biodiversidad, la sociodiversidad y un desarrollo sustentable sobre el planeta.

Podremos lograr esa optimización si de verdad dejamos de sentirnos humillados por los factores limitantes, por las márgenes de nuestras propias disciplinas, y nos aventuramos mucho más allá, con toda la fuerza humana hasta ahora contenida, pero difícilmente contenible por más tiempo. Hay que actuar a manera de una avalancha, hasta hacer conocer y poner en práctica mejores modelos, ya en cierto modo anticipados no tan solo por nuestra ciencia antropológica sino también por toda suerte de antecedentes paraantropológicos, pero donde la antropología indudablemente ha jugado un papel fundamental. Por ejemplo, está archivada una multitud de modelos sobre la transformación autogestionaria y autónoma de comunidades indígenas y campesinas, así como de pequeñas regiones y barrios urbanos, con su cantidad agobiante de problemas específicos. Lamentablemente la mayor parte de estas investigaciones permanecen engavetadas, puesto que nos ha faltado el poder y la voluntad de llevar a cabo su contenido, comenzando siquiera con sus componentes ínfimos.

Para citar un caso representativo, la Educación Intercultural Bilingüe para indígenas y para minorías étnicas se ha desarrollado hasta cierto punto; inclusive hay avances muy significativos, pero hasta ahora casi todo está archivado y lo poco que logra realizarse se tergiversa de miles de maneras. ¿Por qué ocurre tal anomalía?. Porque

nuestra ética y voluntad social no han sido suficientemente fuertes para convertir esta alternativa en una solución vigorosa de donde se pudiese avanzar hacia su plena realización. Ahora bien, con la optimización de todos nuestros recursos esto cambiaría, aunque fuese parlamentando con los Gobiernos, las Naciones Unidas, el Banco Mundial, los grandes carteles transnacionales, o con todo el establecimiento: De una manera definitiva y beligerante, además de indetenible, en consonancia con las organizaciones indígenas y ecológicas.

Con esto lograríamos progresar hacia una sociedad más humana, en vez de un mundo basado exclusivamente en un mercado gigantesco, único e intransgredible. Llegó el tiempo de buscar afanosamente lo que la antropología ya preconiza y prefigura hace largos años: Un modelo globalmente plurieconómico, multisocietario, pluricultural, multilingüe y de instituciones horizontalmente articuladas. Es una irracionalidad mayúscula delegar todas las decisiones importantes en manos de pequeñas cúpulas, en grupúsculos de corporaciones y personas que en la práctica son aquellos que disfrutan el orden establecido, mientras explotan, oprimen y hasta excluyen o destruyen a todos los seres que de alguna manera no cuadran con sus cálculos groseramente globalizantes.

Podríamos perfectamente, como antropólogos y paraantropólogos, luchar por un mundo multisocietario que comprenda todas estas alternativas como virtualmente coexistentes, dentro de una cultura de paz, compatibilidad y complementariedad. Demostraríamos así ante nosotros mismos -sin temor de recurrir a utopías concretas- y ante la opinión pública, que es posible estar cobijados bajo un mismo universo; que existen maneras de diseñar mundos donde el ser humano pueda realizarse en distintos entornos socioculturales. Ellos estarían caracterizados por un mayor igualitarismo en el acceso a facilidades de toda índole -incluyendo las de carácter científico y tecnológico contemporáneo- más sin renunciar a un diferencialidad caleidoscópica en cuanto a la utilización libre y creadora de cualquier tipo de recursos. La tarea consiste en que la inventiva humana no se reduzca innecesariamente a un solo patrón, a un solo conjunto de pautas. En ello estribaría precisamente el papel insustituible del antropólogo, una vez dinamizadas las fuerzas propulsoras de la metaantropología.

Es muy importante destacar que no se comenzaría a trabajar en una forma cortoplacista ni largoplacista, sino que introduciríamos una secuencia de transformaciones inmediatas, con miras a su profundización y perfeccionamiento. Tendría lugar un proceso, pero un proceso cuyo comienzo sería el momento mismo de entregarnos a la

acción. No habría excusas válidas para esperar 10 ó 20 años, o transferir las tareas más pesadas a nuestros nietos o bisnietos, quienes para colmo estarían inmersos en problemáticas de otra naturaleza. Sencillamente, con esta metaantropología dispondríamos de los medios para comenzar la transformación del mundo y del ser humano desde ahora, a partir de este momento: Sin desconocer que el proceso va a ser largo, pero sin ignorar tampoco que si no avanzamos cada día, cada hora, nunca podremos actuar de una manera perceptible y a la vez irrevocable. Ahora bien, todo ello requiere una red de articulaciones horizontales pero coordinadas entre los actores que formarían parte de esa fuerza conjunta, en que cumplirían un papel destacado la antropología y la paraantropología.

Debemos ser muy claros en afirmar, desde ahora, que no se trata de una lucha frontal contra el sistema mundial establecido. Sabemos que ese establecimiento existe, que las grandes potencias, las gigantescas transnacionales, los organismos multilaterales están allí, y ni los antropólogos ni otros científicos van a destruir -mediante una acción seudorrevolucionaria- o a sustituir el orden establecido de la noche a la mañana. En esto debemos ser bien lúcidos. Sería trágico y quizá irrisorio someternos por enésima vez a los avatares de una lucha abierta, de un levantamiento armado, algo tanto humana como ecológicamente suicida. No se trata de pelear contra aspas de molinos para desarticular un complejo sistema que por lo pronto es mucho más fuerte que nosotros, incluso si optimizamos y unimos todas nuestras potencialidades con otras fuerzas presuntamente representativas de la resistencia. Pero a partir del instante en que nosotros, con toda inteligencia y energía, busquemos y encontremos pequeños resquicios dentro de los consorcios transnacionales, dentro de las estructuras de las grandes potencias, dentro de los tentáculos del establecimiento que hoy rigen al mundo, ya no estarán en capacidad de tomar ellos solos cualquier tipo de decisiones, ya no serán los únicos llamados a imponer orientaciones sin una sola voz en contra.

Nuestras iniciativas influirían de algún modo a través del diálogo y el contacto diario con el "enemigo", insertarían una serie de modificaciones que combatirían directa o indirectamente el antropocidio, el ecocidio y el geocidio, y favorecerían las soluciones que nosotros hace bastante tiempo venimos pregonando. No se trata entonces de desarmar el establecimiento sino de armarnos nosotros, de ocupar un lugar -aunque fuere marginal- dentro del establecimiento, o alternativamente juntos o paralelos al mismo, sin esa tentación invencible de sentir parálisis o náusea. En su lugar lucharíamos siempre en cada mesa o

espacio de negociaciones, estando presentes en cualquier sitio donde se tome algún tipo de decisión que nos concierna. De esta manera no permitiríamos que solamente grupos minúsculos y altamente privilegiados de seres humanos usurpen las decisiones de orden económico, político, social y cultural para crear ese mundo sin historia, esa sincronía ya finiquitada, que con el neoliberalismo llegó supuestamente a su máxima perfección, o poco menos, y de donde no cabe pensar en salidas ni escapatorias.

En consecuencia, nuestro interés y gran necesidad es crearnos estos espacios y, sin duda alguna, podemos realizarlo. Es un deber ético instituir la metaantropología junto con nuestros aliados, ocupar todos los espacios y confines disponibles, estar presentes en cada conferencia, mesa redonda o reunión, participar de la toma de decisiones y vigilar en lo humanamente posible para que estas se impongan. Que no siga ocurriendo como con la Conferencia de Río de Janeiro sobre la Tierra, donde después de tomarse una serie de decisiones, estas fueron simplemente ignoradas, engavetadas o en el mejor de los casos ejecutadas hasta un límite mínimo. A partir del momento inicial tendremos que estar allí en el ámbito de los acontecimientos, hasta que las resoluciones pasen del umbral teórico a la práctica humana, local y planetaria.

Sin introducir aparentemente ninguna ruptura espectacular en el orden del mundo, podríamos en el lapso de relativamente pocos años hacer grandes progresos hacia el equilibrio ecológico, restaurar cada vez más la sociodiversidad y la biodiversidad y resolver, en una forma sincera y no farisaica ni mentirosa, una parte significativa de los gravísimos problemas que hoy nos agobian. Es tiempo de aprovechar nuestra ciencia y otras ciencias y saberes aliados para lograr la derrota definitiva de la pobreza y la miseria a nivel mundial que con frecuencia llega al 80% ó 90%, de tal manera que en algunos países del Sur recubre la casi totalidad de la población. Con las decisiones que forcemos tomar a los más poderosos, más el impulso necesario para ejecutarlas, concentraríamos la energía y capacidad imprescindibles para lidiar con toda forma de pobreza material y espiritual; así como en el siglo pasado se logró liquidar mal que bien el estigma de la esclavitud. Sería triste confesar la incapacidad de nuestras generaciones para vencer los retos del presente fin de milenio.

Ahora bien, insisto en que se trata de procesos, pero de procesos acelerados, no de avances de lentitud imparable. Cada día tiene que traer algo nuevo, si fuere posible una sorpresa de cierta magnitud. Es importantísimo instaurar los derechos humanos, no tolerar que apa-

rezcan solamente como afirmaciones en unas hojas de papel estéticamente impresas. Los derechos humanos habrán de convertirse en verdaderas premisas vitales para todo el universo abarcable, para el género humano e igualmente para los demás seres existentes.

Por supuesto, que tales derechos deberán ser más amplios, de índole biológica y planetaria, ya que no solamente el ser humano tiene la prerrogativa de sobrevivir, sino todas las criaturas y todo lo contenido en el universo. Esas premisas vitales tienen que ponerse en práctica desde ahora. Por ejemplo, en lugar de confiar en grandes planes quinquenales o decenales, habría que resolver el problema de la educación optimizando los recursos ya existentes y comenzando desde el día de hoy, y no tan metafóricamente. Al principio será de una forma imperfecta, como bien lo demuestra la lentitud dubitativa y desesperante de la Educación Intercultural Bilingüe indígena. Pero siuviésemos dificultades en el comienzo y durante el camino recorrido, podríamos ir perfeccionando todos los elementos relevantes, hasta cerciorarnos de que la población infantil del mundo está inmersa en programas educativos idóneos, y en una forma teórica, metodológica y humanísticamente aceptable. Lo mismo haríamos con respecto a otros renglones como las oportunidades de trabajo, salud y utilización del tiempo libre, sin las cuales difícilmente podría sobrevivir la población.

Hoy sencillamente estamos a la deriva, a la expectativa, esperando que las mega-empresas den trabajo y quehacer a la humanidad. Nos obligan a creer que la gran empresa privada oligopólica, normalmente transnacional, llegará a cierto momento de sobreabundancia, lo que automáticamente acabaría con el desempleo porque habría trabajo para todos cual lluvia de maná descendiendo del cielo. Sabemos que todo esto es mentira, que jamás se cumplirá algo parecido en la práctica, pero nuestros gobiernos e instituciones actúan como si el mundo realmente funcionara así. En cambio, si aplicamos la metaantropología y la paraantropología, lo que significa la unión orgánica entre la mayoría de las fuerzas críticas y contestatarias, se insertaría o se reforzaría en cada colectividad la gente idónea para crear todas aquellas pequeñas y medianas iniciativas económicas y poner en marcha la multitud potencial de actividades productivas, que bien pronto disminuirían sensiblemente el desempleo y el subempleo que hoy por hoy configuran el mundo. Todo esto es válido tanto para las comunidades tradicionales como las menos tradicionales y aun para las formaciones sociales recientes.

Por ejemplo, en lugar de destruir sistemáticamente las pequeñas economías regionales, para referimos a un caso como Venezuela,

comenzaríamos sin demora a enfrentar el problema de la productividad agraria mediante las pequeñas granjas unifamiliares o multifamiliares, inspiradas parcialmente en los conucos indígenas de cultivos múltiples y regenerables. Pero no como un plan para el futuro sino como una actividad para el presente. Asimismo, la artesanía y la pequeña industria deberán actuar sin esperar que nos atiborren con los excedentes industriales de otros países. En cada comunidad o localidad, los equipos interdisciplinarios, nacidos de la optimización de recursos y de la resistencia al aniquilamiento, crearían los productos imperativamente necesarios para el consumo y la subsistencia, con lo cual podría socavarse la miseria y el desabastecimiento. Todo esto sin luchar frontalmente contra las compañías transnacionales.

Las megacorporaciones podrán seguir funcionando e introducir su mercancía, pero ya no estarían solas ni abandonadas a su libre albedrío. Al lado de las transnacionales, en cualquier sitio, en cada región campesina, en cada ciudad, en toda comunidad tradicional o reciente, existirían y se desarrollarían -con la defensa y el apoyo de la extensa población excluida por los grandes intereses antropocidas- aquellas actividades que en un tiempo sumamente breve acabarían con el desabastecimiento, desesperación y hambre que hoy prevalecen en tantos lugares, con el fin de transformarlos en sitios habitables del planeta.

Pasando a otro tema, en reemplazo parcial de la actual cultura televisiva e informática, paradójicamente masificada y elitista a la vez, nos tocaría utilizar los medios de masas -escritos, fílmicas, radiotelevisivas, cibernéticas- en beneficio de los sectores oprimidos de la población, de las clases medias, de los estudiantes y profesionales, de los indígenas, de cualesquier agrupaciones horizontales y democráticas, a fin de lograr desde abajo crear formas de comunicación capaces de revertir la indolencia, apatía e inacción de las víctimas aparentemente impotentes. En tal escenario, los excluidos junto con sus aliados se apropiarían de esas fuerzas y recursos, transformando la globalización unilateral y elitista en una globalización universalizada y pluralista, realmente mundial y multilateral.

Hoy día la tan mentada globalización se extiende sobre el planeta, pero originada, orientada y dirigida básicamente tanto a partir como hacia el mismo establecimiento oligopólico, desde un puñado de carteles poderosísimos que se arrogan todas las decisiones y trasiegan la mayoría de formas y contenidos que los demás debemos asimilar pasivamente. La globalización que preconizamos partiría de los patrimonios, los lenguajes, las cosmovisiones, las culturas; de todo aquello diverso y polifacético producido por la sociodiversidad humana,

que hasta el presente no ha sido tomado en cuenta o sus aportaciones han sido deformadas o dejadas de lado.

Antes de concluir, quiero llamar la atención sobre el hecho de que la metaantropología en ningún momento está llamada a unificar a la antropología existente. No se trata, por ejemplo, de crear una sola teoría en lugar de las distintas teorías que compartimentalizan a la antropología académica; mucho menos nos anima la logofagia de reducir o restar importancia a las especialidades y sus ramas. Lo que planteamos es que la antropología, rodeada de sus paraantropologías, generaría -o en todo caso deberá generar a corto plazo- una dimensión que la sobrepasaría en abstracción concreta, valga la paradoja, y validación filosófica, especialmente ética y estética, que constituiría lo que hemos denominado metaantropología y de lo cual hemos tratado de extraer algunas explicaciones y ejemplificaciones. Al propio tiempo me siento totalmente seguro de que al discernir los resultados y conclusiones -por muy perfectibles que sean- logrados por la antropología o antropologías durante los últimos 200 años, si nos atrevemos a intentar un cotejo desprejuiciado, nos percataremos de que las coincidencias y cuasi-coincidencias, tanto teóricas como prácticas, son mucho más significativas y fértiles que las divergencias tan magnificadas y fetichizadas por la generalidad de los investigadores.

En este momento un antropólogo postestructuralista, neofuncionalista, interpretativo, neobiologicista, neoculturalista, posmoderno de cualquier orientación o teóricamente ecléctico -para escoger solo algunas posibilidades- están totalmente de acuerdo en que no existe ninguna justificación para destruir las comunidades indígenas y convertir sus culturas en ruinas y asideros de un pasado irre recuperable. Hay indudablemente muchos puntos que dirimir y discutir, pero los acuerdos que existen entre nosotros, los conocimientos compartidos -sobre todo la ética que jamás debe fallar- son más que suficientes para arribar a una decisión de índole metaantropológica, cooperando con las grandes fuerzas contestatarias que hasta el momento hayan servido de contrapeso al sistema que está destruyendo junto con la especie humana todo el resto del universo, en forma de geocidio y con vocación de irreversibilidad.

A esto me refiero cuando hablo de la supremacía de la antropología y de las ciencias sociales a partir del año 2000, durante el próximo milenio. No se trata de desplazar o minimizar ningún nicho académico ya conformado; por el contrario, estamos entregados a una creación de nuevas dimensiones, porque el surgimiento de las alternativas esbozadas en párrafos anteriores es absolutamente necesario si

queremos creamos un escenario habitable: Donde pueda producirse y reproducirse una vida humana, animal y vegetal dignas de ese nombre y continuadoras de lo que ha sido el planeta a través de sus millones de años de existencia. Se trata de contrarrestar la banalización que cierto economicismo contemporáneo nos quiere endilgar, al llamarnos alarmistas, románticos, profetas del desastre y encaprichados en una futurología sin sentido ni valor científico.

Los propagandistas del fin de la historia nos hacen caer en la tentación de ocuparnos en cosas sencillas, microscópicas, intrascendentes, fatuas, que nada tengan que ver con los grandes problemas de la humanidad como un todo, con la plétora de patrimonios naturales y culturales, con la sustentabilidad de lo real y potencialmente existente. En principio no tenemos nada que reprochar a la utilización a menudo sumamente creadora e inteligente de reflexiones deliberadamente circunscritas a inquietudes de alcance más bien limitado. Pero, por desdicha, para muchos pensadores de mentalidad liviana y ajena a cualquier compromiso, los problemas graves debieran quedarse en la penumbra, para concentrarnos todos en pequeñas temáticas a manera de pasatiempos, sin reparar en que con este proceder desvirtuaríamos y difuminaríamos la atención indispensable a nuevos escenarios de extremo dramatismo donde, querámoslo o no, fatalmente nosotros y nuestros descendientes habrán de pugnar por sobrevivir.

Lamentablemente el geocidio es algo que pende sobre nuestras cabezas, una probabilidad muy cercana que no se puede alejar con una antropología liviana, con una ideología basada en un afán decadente, contemplativo y en el fondo suicida, que solo espera que la fatalidad se cumpla sin hacer nada al respecto. En este grupo de avestruces humanos parece regir un cinismo tal, que no les importa en lo más mínimo evitar, mientras haya tiempo, un fin desastroso que todavía podríamos enfrentar, incluso sin hacer gala de esfuerzos sobrehumanos. Aún está abierta la posibilidad de abrir un nuevo milenio pleno de creatividad universal, con sus conquistas y logros que bien podrían superar todo lo realizado e imaginado en tiempos anteriores. Pero, eso sí, no de una manera evolutiva a ultranza, eurocéntrica, occidendocrática y unilineal como se ha pretendido hasta ahora, sino con el concurso y contribución de todos los pueblos grandes y minúsculos, regiones, culturas y tradiciones históricas inmerecidamente ignoradas y preteridas. Es tiempo de que todos nos hagamos actores socioculturales para expandir íntegramente nuestras más recónditas posibilidades, en vez de permitir que unos pocos entes humanos, indi-

viduales o grupales, continúen frustrando de antemano -cual excrecencias cancerosas- todo el desenvolvimiento cuantitativo y cualitativo de los seres que pueblan la Tierra y hasta el ambiente astronómico en el cual está se halla enclavada.

Bibliografía

- BONFIL, Guillermo. (1987). México Profundo. Una Civilización Negada. Distrito Federal, México: CIESAS- SEP.
- DUMONT, Louis. (1982). Homo Aequalis. Génesis y Apogeo de la Ideología Económica. Madrid, España: Editorial Taurus.
- KUHN, Thomas. (1978). La Estructura de las Revoluciones Científicas. Distrito Federal, México: Fondo de Cultura Económica.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. (1972). Estructuralismo y Ecología. Barcelona, España: Cuadernos Anagrama.
- MARTÍN, Gustavo. (1987). "Ecología y Política: Algunos Aportes de la Antropología al Debate" en Nueva Sociedad. Caracas, Venezuela. Nº 87.
- MORIN, Edgar.
- (1978). El Paradigma Perdido: El Paraíso Olvidado. Barcelona, España: Editorial Kairós.
- (1982). Para Salir del Siglo XX. Barcelona, España: Editorial Kairós.
- TEXIER, Enoé. 1995. Redes de Comprensión. Antropología y Hermeneútica. Tesis Doctoral. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela. Caracas, Venezuela.

FERMENTUM, Número 25.

I.- Tema Central. Una Aproximación a los Andes colombo-venezolanos. **Edda Samudio Aizpurúa**. 1.- Las Sociedades Aborígenes de la Cordillera Andina de Mérida. **Gladys Gordones Rojas y Lino Meneses Pachecho**. 2.- Paisaje y Poblamiento del Nororiente Andino Colombiano: La Etnia de los Chitareros en el Siglo XVI. **Leonardo Moreno González**. 3.- Reflexiones para una Etnohistoria de la Muerte en las Provincias de Velez y Girón durante la Colonia. **Luis Rubén Pérez**. 4.- El Proyecto de Congregación de Naturales en el Pueblo de Moncorá (Guane). **Armando Martínez Garnica**. 5.- Para la Salvación del Alma. Las Fundaciones Píadosas en Pamplona. Nueva Granada. Siglo XVIII. **Carmen Adriana Ferreira Esparza**. 6.-Un Intento de Caracterización de una Región Alimentaria. El caso de la región andina venezolana. **Rafael Cartay**.

II.- Explorando la Ciudad. Conmoción en Mérida Andina: Los sismos de 1673-74. **Edda Samudio Aizpurúa**

III.- Reseñas.

FERMENTUM, Número 24.

I.- Tema Central. Trabajo, Familia e Identidad: Análisis socio-histórico y representaciones **Suárez de Paredes y Luz Peñalver**. 1.-Trabajo Campesino y Memoria Histórica : Entre la vocación y el hábito. **Niria Suárez de Paredes**. 2.-Representaciones, actores sociales y espacios de poder desde el enfoque interdisciplinar. **Belin Vázquez de Ferrer**. 3.- Parentesco, poder y notabilidad. Estudio de una red familiar en Mérida colonial (Venezuela). **Mercedes Ruíz Tirado**. 4.- De Campesino a Agricultor. Una visión sociohistórica de los procesos laborales y formación de identidades. **Luz Peñalver y José Flores**.

II. Explorando la ciudad. Los Archivos Municipales del Estado Mérida. **Milagros Contreras Dávila, Robert Darío Castillo, José Gregorio Araujo y Alfredo Nadal Contreras**.

